

SECCION III.

Elle nos ha hablado por la Naturaleza...
debe ser el fundamento de nuestras relaciones
con Su Magestad, y de las obligaciones que
nos impone para con Él y para con el mundo.

SECCION III.
LA LITERATURA, LAS LEYES DE LO BELLO, LAS DE LAS
FORMULAS, APLICADAS A LA RELIGION.

de él, lo que al fin de la Religión conduce
a estudiar, pues los principios del lenguaje pa-
ro esto respecto, es estudiar de alguna manera

CAPITULO I.

*Consecuencias de las observaciones precedentes. — La
Retórica, la Elocuencia.*

Las observaciones que hemos hecho hasta
aquí nos conducen á sentar los principios que
pudieran servir quizá á una ciencia nueva: la Fi-
losofía de la Retórica y de la Elocuencia, pero
no la filosofía en lo económico de ellas, mas en
las razones fundamentales de su existencia.

Esos principios no son extraños á nuestro
asunto que es la Religion, porque ¿cómo sería
extraña á la Religion la filosofía del lenguaje, si
el lenguaje es, digamos así, la mitad de la Reli-
gion?

Dios nos ha hablado ó por la Naturaleza ó sobrenaturalmente; no tenemos conceptos de Dios, de sus atributos y de nuestras relaciones con Su Magestad, si no es formulados próxima ó remotamente sobre los objetos sensibles, y sobre estos formulamos nuestro lenguaje, tanto para hablar de Dios como para pensar y sentir de él lo que al fin de la Religión conduce.

Estudiar, pues, los principios del lenguaje bajo cierto aspecto, es estudiar de alguna manera los principios de la Religión.

Expliquémos nuestros conceptos.

Dirémos, pues, que la Retórica y la Elocuencia son *ciencias naturales*.

Que no son objeto de invención sino de observación.

Que hondamente consideradas no son arte sino historia.

Que los tropos y las figuras no ha hecho el hombre sino *reconocerlos*, no inventarlos, pues ya estaban en la Naturaleza intencionalmente puestos por el autor de la Naturaleza y del hombre, por el autor de la idea y del pensamiento.

Que el drama, los idilios, el poema, son tan naturales cuanto de artificiales se les ha conceptualado.

Que este modo de formar los conceptos y de

idear las cosas sobrenaturales, es la continuación del designio de Dios en hacer servir la creación física á la moral.

Que, finalmente, la perfección de los conceptos, sobre todo tratándose de sentimientos y de ideas abstractas ó sobrenaturales, está en su armonía con las leyes de la Retórica, de la Elocuencia y de la Poética; pues así como la perfección del hombre está en la armonía de su espíritu y su cuerpo; así la perfección de un concepto está en revestirlo de la mejor forma de lenguaje. ¡Nueva prueba de que sin duda saldrá triunfante el catolicismo!

Porque si esta religión tiene libros que, dice, y dice muy bien, ser obra de Dios; si esta religión tiene su lenguaje con elementos peculiares para expresar sus misterios y su doctrina, mucho adelanto será verla mejor que á ninguna otra religión corresponder á los altos principios en que nos vamos á ocupar.

El objeto de la Retórica, de la Elocuencia y la de Poesía está en escoger los conceptos y su mejor forma, para que los hombres entendamos y sintamos mejor respecto del asunto de que se nos habla.

La Retórica, la Elocuencia, la Poesía, enseñan que para conseguir aquel fin, deben dejarse

los conceptos abstractos por los complexos, los oscuros por los claros, los sencillos por los de artificio. Enseñan, sobre todo, que cuanto más se adapte el concepto á alguna forma ó imagen sensible, tanto mejor se presentará la idea; que cuanto más se ofrezcan á la imaginacion los objetos sensibles, tanto más entenderá el hombre y gustará lo que se le dice.

Este es el resumen de los preceptos del arte de hablar: enseñar á dar la mejor forma al pensamiento. ¡Grandioso objeto el de esas ciencias!

Y todo esto ¿por qué?—Porque pensar para hablar de esa suerte, es pensar y hablar como mejor piensa el hombre.

Pero, el hombre, ¿por qué piensa mejor así? —Porque si el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, nada podrá entender bien, que no tenga esas condiciones; la perfeccion es para él la encarnacion de lo espiritual.

Pero no está ahí todo, y hasta ahí ¿quién no habrá llegado? Llegados á este punto, todos nos volvemos contentos, cuando conviene explorar más arriba, pudiendo así encontrar los hermosos fundamentos del arte de hablar; cuando conviene con este nuevo criterio, probar á ver si lo que Dios ha hablado, y habla la Iglesia de Ro-

ma, es ó no excelente en Poesía y en Retórica; cuando conviene ver si bajo este aspecto será de Dios la palabra que se dice de Dios, y si por la palabra que ha hablado la Iglesia romana, podrá saberse cómo es digna de llamarse la obra de Dios.

Explorando, pues, más arriba, encontramos esta ley en la obra de Dios: no es una feliz casualidad el que la Naturaleza visible contenga tantos objetos materiales, tan ricos elementos para la formacion de conceptos poéticos y retóricos con que tan bien se habla á los hombres, no es casualidad; en la intencion de Dios estuvo criar tantos objetos para que formase sus ideas y entendiese y formulase mejor los conceptos espirituales y sobre todo religiosos, aquella criatura misteriosa que se llama hombre, cuyo espíritu no es completa persona sin un cuerpo.

Tal es la ley á que Dios sujetó la obra visible. Dios la crió para que el hombre formase sus conceptos, cuantos conceptos puede tener del órden espiritual y religioso, ¡tan alto fin tiene la obra visible!

Ni se admire alguno de encontrar esta ley, mientras no acabe de admirarse de que existe una criatura inteligente en cuya constitucion entra el cuerpo como elemento tan importante,

que sin el cuerpo no hay persona; esta criatura se llama «el hombre.»

No queremos por eso decir que las grandes ideas de Dios, del alma, del Infinito, por ejemplo, nos vengan de los sentidos como de causa eficiente; léjos de nosotros semejante teoría; lo que sí reconocemos, como á cualquiera sucederá si se detiene á considerarlo, es que para la claridad, la belleza, la exactitud, *la perfeccion* por último, que es lo que debemos demostrar, de nuestros conceptos del orden espiritual, se necesitan los elementos de ideas sensibles.

Tal es el hombre; así es como está hecho: *formavit eum Dominus ex limo terre et inspiravit in faciem ejus spiraculum vite.* ¡Nos admira tal importancia como se dá á los cuerpos! ¡Qué sabemos de lo que es un cuerpo! ¡qué sabemos de lo que es una alma! ¡qué sabemos de lo que sea unir un cuerpo á una alma y lo que resulte de esta union!

No es atinar, pues, con la perfeccion, tratándose del hombre, el prescindir de lo que con desdén llaman algunos sábios, «las formas.» Las «formas» se hacen *sustanciales*, digámos así, cuando se trata del pensamiento; y, nótese bien que no se trata de la forma de la frase, sino de la forma del pensamiento; mucho va, por ejem-

plo, de decir: Dios es nuestro padre, á decir: Dios es muy bueno; la frase: «Jesucristo nacido del Padre,» se vuelve más enérgica diciendo: «luz de luz,» pues así se da idea de la generacion espiritual. En estas palabras «luz de luz,» hé aquí una metáfora de inmenso valor y trascendencia.

Al reflexionar sobre lo importante, como fué la creacion de la luz, para servir á la sagrada metáfora con que se nos expone un misterio tan hermoso, ¿quién no reconoce que el Criador del hombre, al criar la luz, lo hizo entre otros designios con el de que sirviese al lenguaje en la expresion metafórica de una verdad altísima?

Con estos ejemplos ponemos de manifiesto nuestros principios que ahora formulamos así:

«No hubo figuras, tropos, símiles, alegorías, idilios, drama, poema, porque la Retórica y Poética inventasen todo eso; sino al contrario, por existir ya en la Naturaleza esos elementos de lenguaje, por ser ya natural en el hombre pensar y hablar con esas formas, vino él y de los hechos formó el arte de la Retórica y de la Poética, bien así como en las ciencias naturales no ha hecho más que narrar y ordenar.»

Y erran, pues, los que pretenden encontrar la perfeccion del pensamiento humano en las abs-

tracciones, en el divorcio de lo espiritual y lo sensible. Y nunca serán más perfectas las obras del hombre que cuando lleven ese sello de su doble naturaleza; y de estas obras la mejor será aquella en que á tales condiciones se agreguen las de la variedad y la sencillez, que es el estilo de toda obra divina.

Con tales antecedentes vamos á estudiar la Religión católica romana en sus armonías con los principales capítulos de la Retórica y de la Poética. Con ella partirán los honores del triunfo las sectas disidentes y otras religiones falsas, en lo que tienen de verdadero y con ella de comun; pero en lo que le es exclusivo, triunfará ella sola con mengua de sus adversarios.

CAPITULO II.

*Caracteres generales de los libros bíblicos; su excelencia
bajo el aspecto retórico.*

Así como es hermoso encontrar la religión cristiana, ó sea sus libros, perfectamente de acuerdo con los grandes principios de la astronomía, de la geología y demás ciencias, y con los anales de la historia profana, hermoso es también encontrar ese acuerdo con las ciencias literarias.

La Biblia y la liturgia eclesiástica son admirables bajo este aspecto. Admira ver cómo en los Libros santos, las leyes de la composición y del arte de hablar, están perfectamente observadas; y si esas leyes son la perfección del pen-

samiento y de su enunciación, porque son leyes de la Naturaleza, la palabra de Dios no podía ménos de conformarse á ellas; y siendo un hecho que se conformó, también es otro hecho, que vamos á demostrar, cómo se conformó á ellas perfectamente, pero con una perfección divina.

En los Libros santos tenemos composiciones de historia, de doctrina, de Poesía, sin que unos dejen de contener recíprocamente episodios del género de los otros.

Admira desde luego contemplar que el tamaño de esas composiciones, guarda una justa sobriedad; no tienen esa extensión prolija de muchos de los libros humanos; y sí se parecen en sus cortas dimensiones á los libros de los hombres célebres, que pasan por obras maestras; siendo de advertir que cuando á esos libros humanos se les ha calificado de obras maestras, ni siquiera se ha parado la atención en su semejanza con la Biblia bajo ese aspecto. Tal es el «Discurso, sobre la historia universal,» de Bossuet; y la «Ciudad de Dios» de San Agustín; tal es la Iliada, la Odisea y la Eneida, tal es la suma teológica de Santo Tomás, bien pequeña para el vasto asunto en que se ocupa; tales son los libros en que cada Concilio ecuménico ha expuesto su doctrina y sus decisiones.

Esas dimensiones, admirablemente compendiadas, del Génesis, en que nada ménos se trata de escribir la historia de *todas las cosas*, es lo más excelente que quizá contenga ese divino libro. No conoceríamos, por cierto, la obra de Dios, en un génesis escrito *in folio*; la prolijidad de los pormenores hubiera denunciado al escritor humano; á la vez que el gran tamaño del asunto habría tentado áun al más sábio, haciéndolo escribir ese libro *in folio*. Esa misma sobriedad se observa en todos los libros bíblicos, desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Por el contrario, llaman la atención los muchos pormenores y minuciosos detalles en que entra el Exodo y el Levítico tratando del tabernáculo, del servicio del altar y de las ceremonias santas; aquí parece flaquear la obra de Dios y como que se duda de su soberana inspiración; y, sin embargo, aquí resplandece más la intervención de Dios, para el que medita un poco la razón de tal conducta.

¿Por qué? Porque si Dios es una majestad infinita, ante quien el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos, es nada, ¿cómo dar mejor idea de esa grandeza, que enalteciendo aquello que se consagra directamente á su culto, es á saber: las maderas del tabernáculo con las minu-

ciosidades de sus tamaños, las dimensiones del tabernáculo, la calidad de los cortinajes de lino, de la cubierta exterior de pieles; como que esas cosas ya son santas! ¡Cómo no hablar de los cuchillos del sacrificio, de las calderas, de la ceniza, de la leña, de la oveja y de sus condiciones, del cabrito, de la vaca, de las vestiduras de los sacerdotes, de las aspersiones y de cuanto entra en el ceremonial de la gran Majestad!

Hé ahí una lógica admirable, que consigue su fin mejor que lo consiguieran Platon y Leibnitz al darnos idea de la grandeza de Dios con sublimes razonamientos. Hé ahí el $\frac{1}{2}$ igual á lo infinito.

Vedlo bien. En esos minuciosos pormenores con que en el Exodo y el Levítico son honrados objetos tan bajos, al lado de los grandes sucesos y de los grandes personajes de toda la tierra, ¡qué grande nos parece Dios!

¡Oh! la humana sabiduría, cuándo hubiera creído deber ocuparse en esos objetos; y, sin embargo, qué grandes proporciones no toma la Divinidad cuando para servirla vale ya tanto como el género humano un pedazo de madera, una piel de oveja ó las escorias de un brasero. Ese es verdaderamente el $\frac{1}{2} = \infty$ de los matemáticos.

Así es que ¡abajo Voltaire! y los miserables sábios que, en su míope mirada, han despreciado los Santos libros precisamente por lo que tienen de soberanamente divino. ¡Aplastemos al necio que ha querido aplastar la santa obra de Dios en lo que tiene de más fuerte y dura, en lo que tiene de magníficamente divino!

Puede llamar también la atención el crecido número de los salmos, de esas ideas llenas de Santa Poesía; aquí parece flaquear la obra de Dios por el crecido número de esos cánticos. Y, sin embargo, semejante á esas selvas cuyos árboles no se conocerán bien por ser tantos, bajo cuya sombra siempre encontrará el hombre caminos nuevos en donde espaciar el pensamiento, el salterio contiene tal número de cánticos cuanto era menester para que la diversidad sostuviese la novedad. Para que, no alcanzando la memoria á dominarlo todo, el ánimo encontrase nuevo lo que había olvidado, y con la alternativa de olvido y recuerdo el gozo de Dios nunca faltase.

Los salmos son como las estaciones; la alternativa nos hace gozar de cada una como de cosa nueva; nos fatiga el estío y entónces nos es grato trocar su bruma y sus ardores por los vientos del otoño ó la nieve del invierno; llegan

las nieves á desalentarnos y entónces saludamos el deseado advenimiento de la luz y del calor primayeral.

Así en los salmos; despues de ese *Deus, Deus meus quare me dereliquisti*, despues de esos ardores de la pasion del Cristo, bien gusta el alma de que la borrasca del dolor arrase el campo de sus ilusiones criminales, á la manera de esos turbiones que dejan desolados los árboles de la selva á la caída del otoño, ó á la manera de esos días en que las nieves y los hielos hacen buscar al hombre el albergue de su hogar ó la oscuridad de las grutas. Ese salmo "*Miserere*," esos clamores de aquellos dos *Domine ne in furore tuo arguas me, miserere mei Domine quoniam infirmus sum, sana me Domine quoniam conturbata sunt ossa mea*, son como esos vientos asoladores del otoño, como esas tempestades heladas de la rígida estacion. Mas aquel *Celi enarrant gloriam Dei, Domini est terra et plenitudo ejus*, son como la luz y el esplendor de esos días de la estacion feliz.

Esto por lo que hace al cuerpo de los libros biblicos.

En cuanto á la eleccion de los pensamientos en general, y su forma, nótese en todos los libros, aún en los ascéticos, que jamás se desde-

ñan en ellos las bellezas de la Naturaleza física. Este carácter particular de toda la Biblia es un triunfo espléndido de su origen divino. ¿Por qué? Porque el autor del órden fisico no quiere nunca aislar sus obras, sino que todas ellas se armonizan concurriendo á una admirable unidad. Y si á alguno pudo parecer sábio tratar de altos asuntos sin emplear las imágenes y los símbolos de las cosas visibles, ¿cuánto más sábio es armonizar lo visible y lo invisible para hablar de Dios y de todos los altos asuntos divinos, cuando Dios todo lo ha criado para hablarnos de El; de lo contrario, inútil habría sido la espléndida creacion del mundo visible, ó por lo ménos habria servido para ménos de lo que pudo servir.

Désenos un asunto más sério, más abstracto y ascético, que el del amor de la Divinidad con nosotros; un sábio humano ¿con qué desdén hubiera visto el proyecto de asemejar ese sagrado afecto á los amores de un régio amante con una aldeana casta y sencilla! Y sin embargo, tan excelente fué el desempeño de ese árduo asunto, que el "*Cantar de los cantares*" en vez de aturdir al alma con la terrible presencia del altísimo Dios, nos lo hace tan dulce, tan amable, tan tierno como lo es ese idilio de amores campestres.

tres, en que no se oye hablar sino de las palomas y las tórtolas, de los olivos y las viñas en cierne, de granados floridos, del monte de la mirra y de los aromas, de fuentes selladas y de huertos cerrados, del humilde lirio del valle, de la enhiesta palmera del desierto. Si Dios crió tan bellos objetos ¿cómo no valerse de ellos para hacerse amar si tanto gusta de ser amado! y si Dios es amor (*Deus charitas est*) ¿cómo nos parecerá mucho, el pintar así sus amores! La eleccion, pues, de la forma en el «Cantar de los cantares,» es divina, en el rigor de la palabra.

Ese mismo carácter reina en los otros libros de los Proverbios, hasta el Eclesiástico. Las grandes sentencias están templadas con brillantes símiles: «oro siete veces probado es la palabra del justo,» es la sabiduría, más hermosa que el sol y que el cielo estrellado, más excelente que la luz.»

Pero en el Evangelio se descubre todo el *gé-
nio* del divino Autor. Los escabrosos consejos de perfeccion no dejarán heladas á las almas. Símbolo hermoso de la contemplacion será María; y Marta, de los piadosos afanes.

La caridad de Dios se nos revelará tan al vivo, que no daremos un paso en la vida real sin que la descubramos. Esa condescendencia de un

padre con el hijo pródigo ¡cuántas veces no podremos verla! Ese pecador simbolizado en la dracma que la mujer del pueblo busca y rebusca, ese tesoro escondido por cuya esperanza todo se vende, ese administrador infiel, ese siervo bueno, todos son símiles que acacoen de continuo.

Jamás el amor propio se vió caracterizado en conceptos tan profundos como familiares, con esa viga en el ojo propio, que murmura de la paja en el ojo de su prójimo.

¿Se os habla de confiar en la providencia de Dios? Se os citarán los pájaros, que no entorjan y comen; los lirios, que no hilan y están vestidos.

¿Se os habla de la abnegacion de sí mismo? Cuidado se tendrá de templar tan dura verdad con ese céntuplum, con esa medida colmada á reserva de la vida eterna.

¿Se os habla de reconciliacion con el prójimo? Cuidado se tendrá de llamarle hermano y de apelar al Padre celestial. Cuando se os trate de perfeccion no se hablará de Jehová, sino de un buen Padre que está en los cielos, que hace nacer su sol sobre buenos y malos. Y así con tan tiernos símiles no os aterrará la perfeccion cristiana.

¿Qué más diríamos de ese libro admirable, en su parte retórica? Que quien presentó una moral tan severa con un aspecto tan suave y florido, no era un hombre, pues con tan divina facilidad supo vencer la mayor de las dificultades del arte de hablar! ¿Quién no sabe lo que es hablar de virtud y de perfeccion?

Mas en el fondo del asunto y de los pensamientos, donde resalta el supremo arte del celeste escritor; ahí se vé á Dios dictando con soberana excelencia en el lenguaje humano. Este asunto nos ocupará en los capítulos siguientes.

CAPITULO III.

Tropos, figuras; lo sencillo, el sublime, las imágenes.

Entremos, pues, á analizar otras excelencias retóricas de los Libros santos.

Se ha notado ya cuán peculiar es del estilo bíblico la sencillez de los pensamientos, sencillez que admira por esa energía con que resalta el sublime bajo una humilde forma. Se ha notado tambien la diferencia que va de la sencillez homérica á la sencillez bíblica. En Homero esta sencillez tiene mucho de arte, en la Biblia el arte está en la sencillez. Hermoso estilo es el del poeta griego, hermoso lo es el de la Biblia; pero de estas hermosuras ¿cuál es la perfecta? Hé aquí una cuestion importantísima para el arte

y para la Religión. Para el arte; ¿pues qué, el buen gusto no tiene reglas de eterna conveniencia? Para la Religión; ¿pues qué, hemos de estar preocupados siempre con que al fin y al cabo es más excelente la belleza literaria profana que la de los Libros santos?

Jamás el arte superará á la Naturaleza; ésta es el tipo soberano al que hemos de comparar aquello cuya belleza queramos medir. Si esto es verdad, entre la sencillez de dos estilos será perfecta la que sea más natural, y en la *naturalidad* de la sencillez bíblica ¿qué libro puede comparársele? Los hombres hablan allí como en realidad hablan, y piensan como en realidad piensan, y los hechos se expresan ni más ni menos como pasan.

Un solo verbo basta para enunciar una dilatada acción: *in principio CREAVIT Deus celum et terram.*

Un solo adjetivo basta para caracterizar un personaje: *Joseph autem erat justus.*

Un símil, enunciado en una sola palabra, es bastante para ponderar las cualidades de alguno: *oculi ejus sicut fulgor et vestimenta sicut nix,* y nada más.

Cuando habla Job ¿no habla lo que de cierto sentimos bajo el peso del dolor?

La viuda infortunada ¿no tiene su tipo en Noémí?

Lo que piensa el guerrero en su corazón cuando cree segura la victoria, ¿no está literalmente en las palabras que Moisés en su cántico pone en boca del egipcio? *Los perseguiré y los capturaré, avidiré los despojos y se hartará mi alma.*

En la Biblia habla y piensa el hombre tal como es; en Homero parece que los hombres están en escena; su lenguaje tiene siempre algo del teatral artificio.

Pero no es lo más caracterizar á los hombres; lo que admira hasta lo sumo es oír hablar á Dios como en rigurosa teología pudiera enseñársenos que debe pensar y hablar la Divinidad.

Dijo Dios, *„fiat lux,“* dijo Jesucristo: *remittuntur tibi peccata tua.*

Si Jehová se define, ¿cómo dará idea de sí mismo? *Yo soy el que soy,* dirá con un laconismo exactísimo, que no han dejado de admirar los grandes pensadores.

Si Dios da á algun ángel ú hombre una gran investidura ó una gran misión, ¿cómo la comunicará? Bastarále poner otro nombre á su escogido, y ese nombre lo dirá todo: Eva, „madre de los vivientes,“ Adam, „tierra roja.“

Dios elije á Abraham por padre de un gran pueblo: "ya no te llamarás Abram sino Abraham."

Jacob ha de ser esforzado y se le muda el nombre en Israel; Jesucristo cria un nuevo Israel, elije al pescador por caudillo de su nuevo pueblo, de su reino incontrastable, y cambia el nombre de Simon en el de Piedra y con eso está hecho todo.

Esta pequeñez de un nombre, ¡qué grandeza adquiere en boca de Dios ó de su Cristo!

Si Jehováh decreta el diluvio, en tres palabras lo dirá todo: "Yo raeé al hombre del haz de la tierra. llena está de iniquidad toda la tierra."

Si ese mismo Jehováh quiere salvar al hombre, hará que su mismo Hijo se haga hombre y que por amor á los pecadores sea crucificado.

Jehováh sentencia al hombre, á la mujer y á Satanás en el juicio del Paraíso, y dice al hombre: "con sudor comerás el pan;" y á la mujer: "parirás con dolor;" y al Diablo: "serpiente, te arrastrarás por el polvo."

¡Qué sentencia! ¡qué Dios tan terrible! ¡qué excelsa Majestad!

Jesucristo juzga á la Adúltera y á sus acusadores en calidad de juez de misericordia, y

¡qué hace! A los acusadores: "el que esté sin pecado, el primero tire la piedra;" á la infeliz mujer: "¿dónde están los que te acusaban? Anda en paz, no vuelvas á pecar."

Jesucristo ¿quiere probar por las Escrituras su Divinidad á los fariseos? Bástale interrogar: "¿pues por qué David hablando del Cristo habló así: *Dixit Dominus Domino meo?*"

Basten estos rasgos; de otra suerte preciso sería copiar toda la Escritura; lo que Rousseau dijo de solo el Evangelio, es aplicable á toda la Biblia; el inventor sería más grande que el héroe; y esto sobre todo, en la exactitud con que el Dios verdadero está caracterizado en cualquiera de sus atributos.

Y, ¡qué dirémos de la excelencia bíblica en los tropos, en las pasiones, en los símiles, en las imágenes, en la alegoría y en todos los demás elementos del arte retórico?

En esta parte la Biblia toda es Retórica, y todas las bellezas de la Naturaleza física están allí divinamente aprovechadas.

El hombre virtuoso, el justo, el hombre feliz de la Biblia es como el árbol plantado junto á la corriente de las aguas, cuyas hojas perdona el Otoño y duran siempre, y cuyo fruto no falta en la estacion oportuna, y el impío es como el

polvo que arrebató el viento. ¡Qué símil tan bello y tan exacto de una verdad históricamente comprobada! No cede aquí á la Historia el Arte de hablar.

Los impíos, los enemigos del Señor, serán quebrantados como un vaso de alfarero, serán hollados como el lodo de las plazas; pero el justo florecerá como la palma. ¡Qué energía de forma para dar idea de la deleznable fortuna del malo y de su miserosa suerte! ¡Qué semejanza tan halagüeña la del hombre bueno con esas palmas cuyas flores y frutos no alcanza á cortar sin trabajo el viajero despues que otros muchos pasan de largo.

Y, ¡qué dirémos de esa fortaleza como la del leon, de ese encono como de novillos indómitos, de esa rabia como de perros bravos, de esa tristeza de penitencia como la del buho y del pelicano, de ese gemir como de tórtola, de esa sencillez como de paloma, de esa mansedumbre como de cordero, de esa prudencia, malicia y astucia como de serpiente?

Esas no solo son bellezas de primer orden, por ser tan naturales los símiles y metáforas, sino que se admira uno de encontrar en más altos principios la razon del arte retórico.

¡Para qué puso Dios tantos objetos en el

mundo visible que se prestan á símiles tan enérgicos, si no lo hizo precisamente para que fuesen símiles, y símiles, sobrè todo, para servir al lenguaje de la Religion? *Invisibilia ipsius á creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.* Primeramente es lo moral que lo físico, hemos repetido muchas veces; no son esos símiles casuales, son calculados de antemano.

Si, pues, en el lenguaje de la Biblia, sobre todo en los libros poéticos y morales, no encontrásemos explotadas las bellezas visibles, no viésemos símbolos, símiles, imágenes y alegorías y todo esto en su mayor sencillez, no encontraríamos en ella uno de los principales caracteres de una obra de Dios de ese género; pues no es perfecto el libro, sobre todo de moral, si prescinde del mundo visible y de su armonía con el invisible, porque el hombre es una armonía de imaginación é inteligencia, y si se habla al hombre, á esas dos facultades debe ordenarse la palabra del que le hable para que esa palabra sea bien entendida y recibida.

En cuanto á imágenes en los Libros santos, jamás verémos esas abstracciones que ocurrecen la forma del pensamiento y matan su viveza. En el lenguaje de la Biblia el poder de Dios es

su brazo; sus disposiciones son *su palabra*; sus mandamientos son *sus caminos*; usar Dios de su poder es *extender su brazo*; Dios *mira desde lo alto* á los humildes, y á los soberbios *los desdena*; si se quiere dar idea de la Majestad infinita presente en el templo de Jerusalem, las franjas de su vestido llenan el templo y los serafines de seis alas cubren sus ojos con dos de ellas; si se quiere hablar del poder Criador, el Espíritu de Dios es llevado sobre las aguas. Si Jerusalem ha de ser entregada á la *abominacion de la desolacion*, bastará que Jehováh *le vuelva la espalda*; si se quiere lograr el colmo de la ventura, bastará que el Altísimo *vuelva su rostro y sonría* á quien le invoca.

Lo mismo sucede con las alegorías: Un hombre poderoso cuenta con muchas ovejas; un pobre se complace en una oveja única; el poderoso se la quita; hé aquí el adulterio de David: un profeta así se lo reprocha. El padre de familia planta su viña; la cerca de foso, y erige una torre en medio de ella y construye un lagar; pero la viña no le da uvas sino agraces; la ingrata Sion abreva de amargura á Jesus hijo de David. El buen Padre acoge con loca ternura al hijo que vuelve de la lejana tierra de sus desórdenes. El buen Pastor perece dando la vida por sus

ovejas. ¡Qué encanto de conceptos! ¡Qué persuacion tan seductora!

Jamás en la Biblia se encontrarán esos pensamientos abstractos, que léjos de ser la obra perfecta de una inteligencia sabia, como una mediana sabiduria podría creerlo y áun lo cree, son, por decirlo así, pensamientos muertos separados de su cuerpo, en el que, á manera del hombre, para que vivan vida perfecta ó íntegra, deben estar como encarnados.

Reflexiónese bien: la perfeccion en el pensar del hombre, está en pensar con auxilio de imágenes y figuras, en tanto el pensamiento sea susceptible de esta armonía.

CAPITULO IV.

La Oda.

El que extrañase encontrar en los Libros santos, no solo libros históricos, dogmáticos y morales, sino odas, idilios, dramas, poemas, no acabaría de comprender cómo todas las cosas son hechas y debieron ser hechas para gloria de Dios; la generalidad de esta verdad hace que este designio de Dios en sus obras se entienda poco prácticamente.

Si el hombre tiene la oda y el drama y el idilio y el poema, para expresar sus afectos y glorificar los sucesos de sus héroes, ¿cómo Dios no había de tener los suyos! ¡No podía ser que Dios

no tuviese sus odas, sus idilios, sus dramas, sus poemas! Véase bajo este aspecto ¡qué hermoso argumento de verosimilitud para la autenticidad divina de los Libros santos!

De todo se ha de haber escogido Dios sus primicias. Se escogió un hombre, se escogió un pueblo, se escogió un territorio, se escogió una ciudad, se escogió una raza de animales, se escogió una especie de árboles, se escogió su historia, sus cánticos, sus dramas, sus poemas; se escogió su tiempo, su día, su hora; se escogió, por último, su enseña.

Hay, pues, un hombre santo, un pueblo santo, una tierra santa, una ciudad santa, un animal santo, un árbol santo, un libro santo, con su parte histórica, moral y poética santas; hubo un tiempo santo, un día santo, una hora santa, y hay por último, una enseña santa.

Abraham, los Hebreos, la Palestina, Jerusalem, el Cordero, el Olivo, la Biblia, con su historia, dogma, moral, cánticos y dramas, el año de 1 al 34 de la Era cristiana, el Viérnes Santo, la hora de las tres, la enseña de la Cruz, son las primicias de Dios en el mundo, primicias entre todas las cosas y sucesos.

¿Qué de extraño tiene esto? Extraño sería que el Dios providente, el Padre celestial, el

amante del hombre, no hubiese apartado algo para sí con que tomase posesion de su mundo.

En este punto de vista, no solo hemos sentado los principios de nuestro discurso para este capítulo, sino para muchos otros capítulos de nuestro libro, como se verá oportunamente.

En la oda bíblica no queda nada que desear. La dicha del justo, la desventura del impío, el clamor del arrepentimiento, las voces de alabanza, los trasportes del reconocimiento, el entusiasmo del amor al Dios Salvador, son el asunto que alterna el Poeta en su cantar continuo, cantar que no cesa, porque no cansa.

Ni se olvida de consagrar otros cantares al recuerdo de Sion la santa, ó á la consideracion de ese tabernáculo celeste, en cuyos atrios se contempla el Poeta y como que desfallece de la ventura que su inspiracion le anticipa.

Ni hay cuadros de los que anima la virtud, que el Rey profeta no magnifique con brillantes imágenes ó exquisitesos similes.

«Bienaventurado el hombre que teme á Dios, que anda en sus caminos.» Abandona luego el lenguaje de narracion y con qué energía viene el apóstrofe; «Comerás en paz el fruto del trabajo de tus manos y en todo te irá bien; tu esposa, como una vid fecunda en el recinto de tu

casa, tus hijos como rutenos de olivo al rededor de tu mesa.»

¿Qué poeta supo cantar así la virtud?

El amor fraternal, con solo una exclamacion de ternura y dos símiles gratisimos, lo celebra David, como ninguno: «Mirad, cuán buena y dulce es la paz entre hermanos! Como el perfume que desciende de la cabeza de Aaron y le unje y se derrama por sus vestiduras; como el rocío del Harmon que riega con benéfica lluvia el monte Sion.»

El bienhechor de los pobres, qué felizmente está caracterizado: «El Señor le librará en el día aciago. El Señor le conservará y le vivificará y le hará feliz en la tierra, y no dejará que su vida caiga en poder de sus enemigos.»

«Consuélele el Señor cuando se halle postrado en el lecho de su dolor;» y al llegar aquí ¡qué apóstrofe! «tú mismo, Señor, le has mullido toda su cama en su enfermedad.»

En otra parte dice del hombre benéfico: «dichoso el hombre que se compadece y da prestado al pobre. . . . Verálo el pecador y se irritará, rechinará los dientes y se consumirá.»

¿Qué se podría contraponer á la oda bíblica para cantar la dicha del justo? Lo más celebrado de los cantares humanos es aquello de Ho-

racio: *Integer vita cullerisque purus*. Hermosa es por cierto la entrada de esa oda; pero qué mezquina su conclusion: *Dulce ridentem Lavagem amabo, dulce loquentem*.

Tomando, pues, lo selecto de ese cantar ¡puede compararse á cualquiera de los salmos, *beatus vir, beati omnes, beatus qui intelligit!*»

Si se quieren cantos de júbilo ¡quién igualará ese, *cantate Dominum canticum novum!* «O vosotras, familia de las naciones, venid á presentar ofrendas al Señor. . . .» «Publicad entre las naciones, que ya reina el Señor.» «Alégrese los cielos, salte de gozo la tierra. . . .» á la vista del Señor, porque viene, viene sí á gobernar la tierra.»

¿Se quiere afectos entrañables de reconocimiento? «Te alabaré, ó Señor, con todo mi corazón.» «Alabad al Señor, porque es tan bueno, porque es eterna su misericordia.» «Hijos de los hombres ¡hasta cuándo seréis de estúpido corazón? ¡por qué amais la iniquidad y vais en pos de la mentira?»

Por lo demás el salmo: *Dixit insipiens*, es una maldicion fortísima contra el ateo y una descripcion breve y enérgica de la perversidad de su corazón:

Conocida es tambien aquella valiente proso-

peya, en que el Poeta recordando las maravillas de la salida de Egipto, apostrofa: «¿Qué tienes ó mar que así has huido? y tú, Jordan, por qué has retrocedido?»

Y en tan oportuno estado de entusiasmo religioso ¡qué bien viene aquella invectiva contra los ídolos y sus adoradores: «tienen ojos y nunca verán, oídos y jamás oirán semejantes á ellos sean los que los forjan y los adoran.»

La cuestion de Dios y su providencia, la del bueno y del malo en este mundo, son uno de los asuntos magníficamente tratados por el cantor de Israel: «No envidies la prosperidad de los malignos, ni tengas celos de los que obran la iniquidad, porque como heno se han de secar muy presto Tén un poco de paciencia y verás que no existe el pecador.»

En este salmo, para pintar la fortuna y la ruina del impío ¡qué símil, qué imágen! «Yo ví al impío ensalzado hasta lo sumo y empinado como los cedros del Líbano; pasé de allí á poco, y hé aquí que no existía ya; le busqué, mas ni rastro de él pude hallar.»

Esos celos del hombre justo al ver la prosperidad del impío ¡qué asunto tan práctico de importantísima moral! El sábio rey tan experimentado en las vicisitudes humanas, qué consue-

lo ha dejado al hombre de bien, en esa oda digna de ser dictada por el Altísimo: «Cuán bueno es el Dios de Israel, para los que son de recto corazon.» «Es verdad, yo me llené de celos al ver la paz, la prosperidad de los pecadores.» Describe el Poeta las prosperidades y á la par la iniquidad de aquellos, y dice: «Yo tambien exclamé: luego en vano he purificado mi corazon y lavado mis manos entre los inocentes, pues soy azotado todo el día y comienza mi castigo desde el amanecer Poníame á discutir sobre esto; difícil me era el comprenderlo. «Lo cierto es que tú (ó Dios!) les diste (á los ímpios) una prosperidad engañosa; derribásteles cuando ellos estaban elevándose más.»

Basten estos rasgos de tantos que podríamos citar, tantos, que á no tener necesidad de ser sóbrios, indispensable sería para nosotros el presentar Salmo por Salmo, para exponerlo á la admiracion del lector medianamente reflexivo.

Algunas observaciones más sobre las odas santas, pondrán de manifiesto su extraordinario mérito aun vistas solo en su aspecto retórico.

Lo que hace admirable esas odas es la eleccion del asunto. Que no sea bastante tomar por asunto al Dios verdadero, en un tiempo en que el problema de un solo Dios se resolvía de todos

modos, ménos en el sentido de la verdad; pero lo que sí sorprende es ver hablar de ese Dios en un estilo místico de primer orden, es ver presentado á Jehovah con el dulce carácter de su misericordia y bondad, es ver sostenida la devoción á ese Dios invisible, con tanta variedad de tonos como no sería posible al mejor poeta tratándose del asunto que más excite el entusiasmo.

Entre cantar la gloria de Dios y convidar al hombre á hacer el bien, alterna el fecundo pensamiento de esas ciento cincuenta odas. ¿Qué más puede decirse de Dios y de la virtud? Poesía que así nos hable de tan santos asuntos ¿dónde sino en los Salmos puede hallarse? ¿Quién dió nunca cómo los Salmos un tratado completo de moral en verdadera poesía?

Una cosa admira más. Ningun libro bíblico tiene más estrecha relacion con el Evangelio, que el de los Salmos. Esa moral evangelica, cuya perfeccion confiesan amigos y enemigos, está ya en los Salmos, bastante explícita, para que nos sorprenda la armonia que reina de uno á otro libro, á fin de que se cumpliera el "*non veni legem solvere,*" si bien bastante encubierta para que solo Dios pudiera ser autor de la ley de gracia guardada allí. Publicado el Evangelio, podemos ya nosotros comparar las dos obras

de Dios y admirarnos de su soberana armonia.

"Bienaventurados los pobres," dijo el Mesías; en los Salmos no se habla sino de pobres que el Señor vendrá á consolar, á redimir, á salvar, á á perdonar, á glorificar.

"Bienaventurados los mansos," dijo el Mesías; "oigan los mansos y alégrense, dice David; "los mansos heredarán la tierra," dice tambien.

Los misericordiosos, los limpios de corazon y los pacíficos son tan celebrados en los cantares del Rey profeta, como reconocidos por dichosos en el famoso sermón de la montaña en que el Hijo de Dios abrió sus lábios.

Bastante nos parece demostrar esa armonía bajo un aspecto tan importante, para que de demostrar otras muchas quedemos dispensados; la afirmacion de la verdadera dicha es la gran solucion que trajo el Evangelio al problema más importante de la humanidad.

Admira no ménos contemplar á la Sinagoga y á la Iglesia acordes del todo en alabar á Jehovah con las odas del Salterio.

Maravilla es esta que se explica con aquel programa digno del Dios Eterno que anunció el Dios hombre; "*non veni legem solvere sed adimplere.*"

¡Qué fecunda palabra la de esos místicos cantares, que con el sentido de una significacion divinamente doble ha servido tan bien para los tiempos de la expectacion de las promesas, como para los tiempos posteriores á su cumplimiento!

¡Saber cómo las alabanzas que hoy se cantan en las Catedrales del Universo, son las mismas idénticamente, son los Salmos que compuso David y que se cantaron hace treinta siglos en Jerusalem, y que sin interrupcion han venido cantándose de entónces á hoy, es saber una maravilla!

¿Qué cosa semejante á esta nos podrían dar á saber los que no comprenden la Iglesia católica romana?

CAPITULO V.

Dramas, idilios, poemas bíblicos.

Fuera del «Cantar de los cantares,» si en la Biblia no hay drama del género ficticio, hay sí, prescindiendo de la forma, verdaderos asuntos dramáticos desde el idilio hasta el género épico, con la calidad preferente de que los hechos y las personas son verdaderos.

Se nota en los sucesos dramáticos de la Biblia, una manifiesta intencion de la Providencia divina en dirigir la trama de tal suerte, que su efecto en el ánimo de los hombres fuese de un género como el que en nosotros producen el drama, el idilio y el poema ficticio.